

CATEGORÍA C: Juan Alfonso Felipe (1ºB Bachillerato de Ciencias)

Por fin llegué a casa, después de otro cansado día en un trabajo en el que solo gano lo suficiente para sobrevivir hasta fin de mes. Pero bueno, ya estoy aquí, con mi sofá, mi televisión y mi querida mascota. Encendí la televisión y me puse a ver las noticias. El reportero estaba hablando sobre un accidente en una carretera cerca de donde vivo. ¿Cómo es que no me enteré? Bueno, es normal. Venía con mis auriculares puestos, escuchando mi música favorita, mientras mensajeaba a mi compañero de piso y disfrutaba del petricor.

Ay, el petricor; cuantos recuerdos me trae. Este divino olor siempre estuvo presente en los mejores días de mi vida, como cuando adopté a mi perro, o conocí a mi mejor amigo, con el cual convivo ahora mismo. No vamos a engañarnos; a todos nos gusta la lluvia. Mi primer beso fue bajo esta, con Lucía. Una chica con la que me llevaba genial, y compartíamos todo... Pero todo cambió cuando se fue de viaje de estudios a Francia. Estuve sin verla durante cinco meses enteros, solo comunicándonos por mensajes. Pero tuve una brillante idea, y estoy siendo sarcástico. Durante esos meses estuve recaudando dinero para ir a verla. Para ello hice horas extra en mi trabajo y le estuve pidiendo prestado algo a mi amigo y familia, hasta que al fin, recaudé el suficiente. Cuando llegué la vi sentada sola en la terraza de un restaurante, me empecé a acercar hasta que vi a un hombre saliendo del restaurante con dos helados, uno por cada mano, y se sentó enfrente suyo. Me quedé unos minutos observando, y no tardé mucho en darme cuenta de que me estaba engañando. La mezcla de tristeza y enfado me hicieron borrarla de todos los lugares que pude, no sin antes dejarle un mensaje: *Adiós, Lucía*.

Desde ese día no tuve contacto de ningún tipo con ella, pero aún tengo su número de teléfono apuntado en un trozo de papel, escondido debajo de la pantalla de mi ordenador. Aún no lo pienso usar, por mero orgullo; pero sé que algún día me lo tragaré y la llamaré. Ya me lo dijo mi padre, que ese orgullo algún día desaparecería, como le desapareció a él. Pero por desgracia, no vivió lo suficiente para verlo. ¿Por qué? Por mi culpa.

Sólo tenía ocho años. No paraba de jugar con un pequeño oso panda de peluche, ni siquiera cuando era hora de comer o de dormir. Un día mi padre se hartó, y me arrebató el muñeco de mis manos. Me enfadé tanto que salí corriendo de casa. Con los ojos llenos de lágrimas, y la ceguera de mi ira, no noté que mi padre me estaba persiguiendo, y que estaba en medio de la carretera. Un vehículo que pasó por delante de mí me hizo parar en seco. Cuando me quise dar cuenta de donde estaba, un coche

se me estaba aproximando a velocidad de vértigo. Lo siguiente ocurrió muy rápido. Noté que alguien me empujó, y apenas me enteré de lo que ocurrió. Sólo vi el coche parado, y a mi padre en el suelo, inmóvil. No tardó mucho en venir la ambulancia, pero en lo que llegó, el conductor, de unos diecinueve años, me empezó a gritar, y a culparme de las abolladuras del coche y de la muerte de mi padre. No se me ocurrió otra cosa más que llorar. Cuando los paramédicos llegaron, metieron a mi padre en la ambulancia, y los días siguientes a esta tragedia empecé a tener insomnio, pesadillas y alucinaciones, todo relacionado con mi padre. Esto provocó que estuviera durante dos años en un psicólogo. El psicólogo no supo cómo ayudarme, ya que nada funcionaba. Como última alternativa me dio unas pastillas, que tuve que tomar por la fuerza. Eso ocultó los problemas con mi padre, pero también ocultó los demás. Mi padre siempre fue un hombre muy terco e imponente, pero bastante dulce cuando estaba con mi madre. Mi madre no era alguien que destacara mucho, era de media estatura, con el pelo grisáceo y recogido. En algo en lo que destacaba era en su amabilidad. Siempre que rompía algo, me ayudaba a arreglarlo en vez de echarme la bronca, o cuando venía con un suspenso, ella me abrazaba y me consolaba, puesto que me dolía más a mí que a ella, y lo sabía muy bien. Tras la muerte de mi padre, ella también pasó por una depresión: no comía ni dormía, puesto que todo le recordaba a él. Para levantarle los ánimos, mi tío nos dio unas entradas para que fuéramos una semana a un hotel en un parque de atracciones. El primer día empezó a llover, y tuvimos que estar en el hotel, cuando cesó la lluvia, mi madre conoció a un hombre, que sería mi futuro padrastro. Este hombre no me inspiraba ninguna confianza, y siempre le estaba echando malas miradas. Ya era el cuarto día en el hotel, y decidimos ir a la noria. Esperando en la fila, se me cayó mi peluche, y no me di cuenta hasta que ya estábamos dentro. Estuve muy preocupado en la atracción, y mi madre me estaba intentando tranquilizar. Cuando salí de la noria, vi a mi padrastro, sentado en un banco y con mi peluche en sus manos. No pude contener la emoción y le di un fuerte abrazo. Al final de la semana ya nos llevábamos muy bien, y mi madre y él se mantuvieron en contacto, hasta el día de hoy, en el que forman una bella pareja.

Mi recuerdo fue interrumpido por un mensaje de mi compañero de piso. Decía que estaba a punto de llegar a casa, y que fuera preparándome, puesto que tenía una sorpresa. Para que no me viera melancólico, me puse a leer mi libro favorito, *En las montañas de la locura*, por H. P. Lovecraft. Apenas pasaron diez minutos cuando mi amigo llegó a casa. Y como siempre, me preguntaba lo mismo: *¿otra vez con ese libro? ¿Cuánto tiempo llevas en casa? ¿Hiciste algo para comer?* A lo que siempre le respondía lo mismo. Estábamos comiendo unas porciones de pizza mientras veíamos la televisión. Por fin empezó la predicción del tiempo, que avisaron sobre una tormenta

donde vivíamos. Estaba eufórico; me encanta la lluvia, y volveré a oler a mi querido petricor, sabiendo que algo bueno iba a pasar. Nos quedamos viendo la televisión hasta altas horas de la noche, y fue cuando empezó a diluviar suavemente. Al ver esto, mi amigo se despidió de mí, y junto a un bostezo, se fue a dormir a su habitación. Aproveché y apagué la televisión, para disfrutar del sonido de las gotas de agua golpear las ventanas. Estaba tan tenso por culpa de todos mis recuerdos, pensamientos y trabajo, que rápidamente cogí las llaves de casa y salí a la calle. Al notar la lluvia acariciar todo mi cuerpo, sentí una profunda relajación. Estaba tan lleno de felicidad que me puse a correr por todas las calles, plazas y parques que me encontraba, hasta que me cansé, y me senté en un banco a descansar. Pasaron unos minutos, y miré la hora por mi reloj. Recordé que mañana debía ir a trabajar; me levanté rápidamente y me puse a correr hacia mi casa.

A la mañana siguiente, me levanté con dificultad, puesto que sólo dormí dos horas. Me preparé una taza de café, y me puse a leer el periódico. Ninguna de las noticias era de gran interés para mí, así que me tomé mi desayuno y me fui a trabajar. Y ahí estaba; ese maravilloso olor. Ese olor, que me trae tantos buenos recuerdos, que me posee. Junto a la media hora de espera en el metro, junto a lo apretados que estábamos todos en el metro, y al entretenerme con el olor de la lluvia, llegué tarde al trabajo, y mi jefe me echó la bronca. Aún no perdí la esperanza, y me puse a trabajar. Era la hora del descanso, y al encenderme un cigarrillo, por descuidarme, se me cayó en la mano y me hizo una quemadura. Rápidamente, fui al botiquín a por pomada, pero no me fijé en un cartel que avisaba de suelo resbaladizo. Gracias a mi mala suerte, también me resbalé, y me golpeé la cabeza con el suelo. Cuando desperté, estaba en una camilla de hospital. Estaba enfadado con el petricor; me había traicionado. Después de un rato, vino una enfermera, y me preguntó qué tal estaba. Su belleza me impresionó y me hizo tartamudear ligeramente, pero le respondí. Luego, me fijé en la tarjeta donde dice su nombre. Apenas podía verlo con claridad, pero cuando lo leí, se me paró brevemente el corazón. La enfermera estaba a punto de salir de la sala donde estaba cuando le detuve. Dije entre tartamudeos: *Lucía...*

Y ella me respondió muy sorprendida: *¿Javi?*

Ninguno de los dos pudimos contener la emoción, y nos abrazamos, llorando de alegría. Le confesé lo del viaje, y lo de mi tristeza. Ella me contestó que ese hombre era su compañero de piso, y que no tenían otro tipo de relación. Me sentí un idiota, y le pedí que me perdonara. Se quedó unos segundos callada, y me respondió con un apasionado beso en los labios. Al fin y al cabo, el petricor nunca me falla.